

cruzada en relieve y un rectángulo inferior más pequeño. Guarda grandes semejanzas con otra descubierta por J. Cabré²² a principios de este siglo en Troitosende (La Coruña), y aunque en principio se quiso establecer una relación con las estelas menhires francesas²³ e incluirla como una variante de éstas, estudios posteriores han podido determinar, a través del contexto en que aparecen —caso de la Salvatierra de Santiago—, una cronología posterior conectada con la época romana.

VARIOS

Dentro del capítulo de Varios señalamos la existencia de una «Cuppae» funeraria en la localidad de Plasenzuela (Cáceres) incrustada en la fachada de un local, habilitado por el ayuntamiento de esta villa como almacén, al final de la calle Carnicería.

Por último, añadir también a esta relación dos aras anepígrafas, procedentes de Berzocana y Plasencia (Cáceres). La primera de ellas en la calle del Cuartel y la segunda formando parte de la pared de un cercado próximo al templo romano de Fuentidueñas.

ANTONIO GONZALEZ CORDERO
JOSE SUAREZ DE VENEGAS SANZ
MANUEL DE ALVARADO GONZALO

²² J. Cabré Aguiló, 'Extracto del avance al estudio de la escultura prehistórica de la Península Ibérica', *Anales de la Academia Politécnica do Porto*, t. XII, Coimbra 1918, p. 5.

²³ M. Almagro Basch, *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, B.P.H., Madrid 1916, lám. XL.

Hombre y sociedad en la obra lírica de Luis Chamizo

Como poeta de profunda inspiración creadora, Luis Chamizo ha despertado interés, preferentemente, entre literatos y artistas. Aparte de quienes se dirigen a él buscando sólo las delicias de sus versos encendidos, los estudiosos se han centrado, de modo casi general, en los aspectos estrictamente literarios o lingüísticos de su obra. Bastaría una ojeada a la bibliografía sobre el autor extremeño para confirmar esa afirmación¹.

Un interés por su obra como el que acabamos de indicar es, por lo demás, completamente natural. Luis Chamizo no es, al respecto, sino un caso más de la especialización característica de nuestra actual civilización. Las ventajas del especialismo, que ha terminado imponiéndose tanto en el proceso de producción industrial cuanto en el trabajo científico, filosófico o literario, no debe hacer olvidar, empero, sus inconvenientes. Uno de ellos, al que solía referirse Unamuno irónicamente, consiste en la restricción del ámbito de intereses y la pérdida consiguiente de la visión global y de conjunto. Ser especialista es, en este sentido, saber cada vez más de cada vez menos. Otra, la más importante para nuestro actual propósito, reside en que los diferentes campos de investigación se consideran dominios cerrados a los que sólo puede acceder el especialista. De ese modo, las teorías científicas pasan a ser cosa de científicos, las doctrinas filosóficas competencia exclusiva de filósofos y las creaciones artísticas asunto de artistas y creadores. No es extraño que, de ese modo, se perciba la incomunicación como uno de los síntomas esenciales del malestar de nuestra situación cultural.

¹ Cf. al respecto la excelente y selecta bibliografía que A. Viudas Camarasa incluye en el estudio introductorio de su espléndida edición de la obra de Chamizo: L. Chamizo, *Obras completas*, edición, introducción, notas y glosario de A. Viudas Camarasa, Universitas Editorial, Badajoz 1985, pp. 58-65.

Sin negar los extraordinarios méritos de la especialización; o, expresado positivamente, reconociendo su inestimable contribución al progreso intelectual, me propongo ahora, yendo de algún modo contracorriente, hacer una incursión filosófica en la obra de Luis Chamizo, con el propósito de mostrar algunas de las grandes ideas y de los hondos pensamientos —«ocurrencias mu juertes y mu jondas»— del excelso poeta extremeño, que suelen pasar inadvertidas cuando la atención se centra, como ocurre habitualmente, en los aspectos artísticos, lingüísticos o literarios de su obra. Para no limitarme a hacer una mera enumeración de las ideas más importantes, que obligaría a exponerlas aisladamente las unas de las otras, renunciando a resaltar su relación recíproca, me centraré en lo que podríamos llamar *pensamiento antropológico* de Luis Chamizo, constituido por el conjunto de ideas, esparcidas por toda su obra, con las que nuestro poeta expresa su modo de entender esa realidad misteriosa, enigmática y contradictoria —entre el ángel y la bestia— que llamamos hombre.

La elección del tema no es casual. En todo hombre, suele decir Luis Cencillo, late un antropólogo. Más hondamente, me atrevo a añadir ahora yo, late en el poeta². No hay poeta digno de ese nombre que no haya intentado ahondar en la abismática e impenetrable realidad humana. Goethe, Hölderlin, Shakespeare, Dante o Calderón son poetas grandiosos y sublimes, ante todo por la luz que su penetrante mirada ha arrojado sobre aquellas zonas de la realidad que parecen como si, por decirlo con palabras de Heráclito, amaran ocultarse³. La poesía es, pues, un modo, el más profundo seguramente, de acercarse al conocimiento de la escurridiza naturaleza humana.

I

De entre las notas constitutivas de la naturaleza humana, las más importantes para Chamizo son, seguramente, la *fidelidad* y la *autenticidad*. Por fidelidad se entiende el acuerdo consigo mismo y con el proyecto definitorio de la vida genuinamente humana. Por autenticidad, la renuncia a la falsificación que convierte a la vida humana en un sucedáneo ilegítimo suyo.

² En nuestros días, el interés por el hombre constituye uno de los temas centrales de la obra lírica de Antonio Castro y Castro, excelso poeta leonés y director del *Spanisches Kolleg* de München (R.F.A.). Cf. de modo especial su obra *Personas*, Zaragoza 1984.

³ «La auténtica naturaleza de las cosas suele estar oculta». G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos*, Gredos, Madrid 1969, fr. 211, p. 273.

La fidelidad constitutiva de lo humano la expresa habitualmente Luis Chamizo de modo enfático, como exigencia ineludible para que el hombre llegue, en palabras de Píndaro, a ser el que es, es decir, hombre verdadero y cabal. Los consejos del padre a la hija, contenidos en el bello poema *Consejos del tío Perico*, giran en torno a la idea de fidelidad. El hombre ha de ser «de fiar», digno de confianza, con un comportamiento en el que haya correspondencia entre lo que se es y lo que se hace.

«Quiere un *hombre de riaños*, que te quiera, / quiere un *hombre con agallas*,
de los nuestros / ... / Quiere un *hombre sin fanfarrias* que te iga / los sentires
que se jinchan mu p'adrento. / ... / Quiere un hombre, d'estos hombres /
ya curtíos por el frío del invierno, / y tostaos por el sol del meyodía, / y baños
por las aguas de febrero, / y besaos por la luna cuando duermen / en las eras,
junt'al trillo, cara'l cielo/ ⁴.

El ser humano es, según Chamizo, aquella *naturaleza que nunca defrauda*. La estafa del hombre respecto de sí mismo es el mayor fraude: es infidelidad consigo y con lo que se es. El rechazo de esta especie de hombre a medias, no terminado del todo, la expresa Chamizo, unas veces, como censura contra la pereza. «¡Que no quiero yo jarones!», dice el poeta, sino hombres que «desprecian la pereza sin descanso / de los hijos poltronaos del dinero/»⁵. En otras ocasiones, manifiesta su repudio a la infidelidad al proyecto humano en forma de crítica a la frivolidad. Es natural que así sea, pues frivolidad significa estrictamente superficialidad. Ahora bien, la forma extrema de superficialidad es, por su parte, la infidelidad: abdicar de sí mismo y situarse en la corteza de la propia vida, ahogando sus manifestaciones genuinas. Frívolo es el viajero fugaz, que pasa por los sitios y lugares ruidosamente, pero sin dejar huella: a escondidas y sin aprender nada de ellos. «Qu'asina como'l tren vais por la vida / retumbando y depriesa/»⁶. La fidelidad a la vida que somos es, a fin de cuentas, una peculiar hondura y densidad que, en vez de a transitar superficialmente por el mundo, lleva a estar «rebuscando siempre lo desconocío, / siempre suspirando por cosinas nuevas/»⁷.

La autenticidad, que se halla muy próxima a la fidelidad, es todavía más importante que ella para desvelar la insondable naturaleza del hombre. La razón

⁴ Luis Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 76.

⁵ *Ibid.*, pp. 75-77.

⁶ *Ibid.*, p. 74.

⁷ *Ibid.*, p. 84.

está en que la *existencia inauténtica*, por utilizar una expresión de M. Heidegger, es, a fin de cuentas, darse la espalda a sí mismo, aturdirse representando papeles superficiales que no dejan aflorar las dimensiones de la vida portadoras del sentido de la existencia. Las formas de inautenticidad existencial, retratadas por el gran filósofo danés S. Kierkegaard en su descripción del esteticismo y de su variada tipología, son muy diversas. Van desde la masa, el hombre tosco y elemental acumulador de placeres a la búsqueda de la multiplicación y no del refinamiento⁸, pasando por el negociante que discurre por la vida limitado por las anteojeras de su activismo⁹, hasta llegar al esteta buscador refinado de placer, «el avispado que progresa continuamente... en una premeditada depuración de elegancia y originalidades, de impresiones nuevas o combinadas»¹⁰. Todas esas formas coinciden en ser formas de vida aparente. La apariencia, la falta de correspondencia entre el aspecto exterior de la vida y su realidad, es el rasgo común a las diferentes manifestaciones de inautenticidad existencial. Por lo mismo, la autenticidad, que a juicio de Chamizo define al hombre de modo esencial, es el *ajuste entre la realidad de la vida y sus manifestaciones externas*.

La mejor prueba de que la autenticidad es, para nuestro poeta, el rasgo antropológico fundamental la proporciona el título mismo de sus bellas rapsodias extremeñas, *El miajón de los castúos*. Conviene pararse brevemente a considerar la importancia del término «castúo» para nuestro propósito. Por de pronto, hay que decir que Luis Chamizo lo utiliza con bastante frecuencia. Así, en *Compuerta*, habla del «miajón que llevan los castúos por bajo e la corteza»¹¹. En *Consejos del tío Perico*, de «una raza / de castúos labraores extremeños»¹². En *El porqué de la cosa*, una mujer dice a su esposo, llena de alegría, que habrá de darle un hijo que «será campusino mú castúo»¹³. En *El Chiriveje* se refiere a los «muchachos castúos de tu tierra»¹⁴. Expresiones parecidas aparecen en *La viña del tinajero*, donde habla repetidamente de «los castúos labraores»¹⁵. Otras semejantes —la enumeración completa sería tediosa— se pueden hallar, en fin, en diversos lugares del poema dramático *Las bruñas*,

8 Cf. L. Polo, *Hegel y el posthegelianismo*, Piura (Perú) 1985, p. 103.

9 Ibid., p. 106.

10 Ibid.

11 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 74.

12 Ibid., pp. 76-77.

13 Ibid., p. 88.

14 Ibid., p. 97.

15 Ibid., pp. 115-116.

así como en el poema *Extremadura*, uno de los más bellos del poeta de Guareña¹⁶.

No es fácil determinar de modo unívoco el significado del término «castúo», pues su campo semántico es extraordinariamente amplio. No debe extrañar, pues, que se emplee para designar cosas distintas, según cual sea la intención del que lo emplea. El Diccionario Extremeño da de él una definición etnográfica y lingüística: «sinónimo de extremeño; se refiere al pueblo y a la modalidad de habla de Extremadura». A. Rodríguez Muñino indica este otro significado, más próximo a nuestros actuales intereses: «se apellida a los extremeños *castúos* por *castudos*, *castizos* o *de casta*»¹⁷.

Para mostrar la importancia decisiva que Chamizo concede a la categoría de *autenticidad* como constitutivo esencial de la naturaleza humana, conviene reparar en la semejanza entre «castúo» y «castizo» o «de casta». Casta, que deriva del término latino «*castus*» —puro, íntegro, fiel a su palabra, leal, desinteresado—, significa, entre otras cosas, la cualidad específica de una cosa, aquello que no puede perder sin dejar de ser ella misma, sin darse de espaldas, como decíamos más arriba, a sí propia. Ese sentido se conserva en expresiones tan usuales como «de casta» o «de pura cepa», con las que se alude a la persona —también se puede aplicar a animales y a cosas— que posee en alto grado las cualidades que la definen como tal y hacen de ella un «ejemplar» genuino —es decir, auténtico— de hombre. Un significado parecido tiene el adjetivo «castizo», que significa, entre otras cosas, genuino, puro, auténtico.

Sin autenticidad, el ser humano no se ha logrado del todo. Es una especie de «humanoide», incapaz de ponerse a la altura de sí mismo y asumir la tarea de hacer de su vida una vida «lograda»¹⁸, sin falsificaciones ni adulteraciones. Por eso, no es posible entender cabalmente al hombre sin ella. Más, también y por lo mismo, sólo el hombre en plena posesión de sí, sin desajuste entre su realidad y su apariencia, puede desplegar una actividad productiva y con sentido.

«Qu'estos hombres qu'al amor de sus terruños / ayuntaron el sentir de sus adentros, / conquistaron pa los reyes de su patria los Peruses y los Méji-

16 Cf. *ibid.*, pp. 185, 188, 189, 20, 240, 248.

17 'Diccionario geográfico popular de Extremadura', *Rev. de Estudios Extremeños*, XVI, 1960, p. 597. Citado por A. Viudas Camarasa, *op. cit.*, p. 320.

18 Sobre la noción de vida lograda, cf. R. Spaemann, *Glück und Wohlfühlen*, Klett-Cotta, Stuttgart 1989.

cos; / y llenaron de pinturas sus iglesias, / y palraron su sentir en los Congresos, / y cantaron la belleza de sus campos.../»¹⁹.

Sin afirmar resueltamente y secundar con decisión la singularidad de la vida humana, el hombre renuncia a hacer efectivas algunas de sus más altas posibilidades. Entre otras, la de sumir el pasado y proyectarlo, mejorándolo y acrecentándolo, hacia el futuro: la de ser un eslabón intermedio y renovador de la larga cadena —que hunde sus raíces en lo inmemorial y tiende su vuelo hacia lo porvenir— llamada tradición cultural. Lo propio del hombre no es, como ha puesto de manifiesto Zubiri, el *medio*, sino el *mundo*²⁰. Con todo, el mundo de cada cual comienza, se configura y adquiere sus contornos definidos a partir de la comunidad afectiva, el ámbito cultural y el paisaje primeros. La cultura en que nacemos es el *alma mater*, la madre nutricia de toda posterior cultura universal. También es el remedio definitivo contra el cosmopolitismo o versión frívola, superficial y degradada del genuino universalismo. El universalismo que resulta de la fuerza expansiva, no temerosa, de lo propio y de la docilidad para empaparse de lo ajeno —el universalismo de «los nietos de los machos que otros días / trunfaron en América»²¹— se alimenta de aquella dimensión de la autenticidad que podríamos llamar *lealtad a la tradición cultural propia*.

En *La naciencia*, hay una afirmación resuelta de ella.

«Tíe que ser campusino —dice un padre refiriéndose a su hijo recién nacido—, / tíe que ser de los nuestros, / que por algo nació baj'una encina / del caminito nuevo»²².

En *El porqué de la cosa*, por su parte, el asentimiento a la cultura propia —a las raíces— se refuerza extendiéndolo a los hijos.

«Q'ha de saber podar como su agüelo —asegura una madre refiriéndose a su hijo aún no nacido— / y ha de saber segar como su padre. / Y será campusino mu castúo, / y será labraor, ¡qué duda cabe!»²³.

19 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 77.

20 Sobre la distinción entre *medio* y *mundo* y la correspondencia del hombre con el segundo, cf. J. Von Uexküll, *Mondes Animaux et monde humain*, Gauthier, París 1965.

21 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 74.

22 *Ibid.*, p. 95.

23 *Ibid.*, p. 88.

Esta actitud, que no es sino la *dimensión colectiva de la autenticidad*, tiene dos consecuencias. Por un lado, la de proporcionar una cierta fisonomía, compartida por sus miembros, a la comunidad cultural. Justo por ello, cabe hablar de «nuestros quereles, / nuestros guapos jorgorios, nuestras penas»²⁴. O de que «semos asina, semos pardos»²⁵. O, en fin, de «que semos más duros que los arcoñoques / y más que los jierros de las jerramientas»²⁶. Mas, por otro, la de abrirla a la cultura universal para establecer con ella una fructífera relación recíproca. La cultura local y la universal no son contradictorias. En realidad, ninguna de ellas es posible sin la otra. Por eso, Juan Ramón Jiménez pudo decir que «tenía conciencia de que era andaluz, no castellano» y sentirse, sin contradicción, «andaluz universal»²⁷. Ser, como dice Chamizo, «un macho mu jorzúo, con agallas, / con genio, con reaños, con coraje»²⁸ no significa que el hombre sea un ser elemental. Cabe que, al propio tiempo, sea «más vivo que los vientos / más listo que los frailes / más duro que las piedras / más güeno que los ángeles»²⁹; que discurra «las jonduras d'otras cencias»³⁰; que sea capaz de llenar de pinturas las iglesias, de cantar la belleza de los campos, de hablar en los congresos, etc.; y, sobre todo, que, con la mirada tendida hacia el futuro, confíe la renovación de la historia —contribuyendo a procrear «el troncón robusto / d'una nueva casta que dé *casta nuevas*»³¹— a la única novedad radical que acontece en ella: la persona³².

II

Cualquier otro contenido de valor antropológico al que Chamizo se refiera en su obra se puede entender como *expresión* de la fidelidad y autenticidad constitutivas de la naturaleza humana considerada esencialmente. De entre

24 *Ibid.*, p. 74.

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*, p. 81.

27 Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, ed. de Michael P. Predmore, Cátedra, Madrid 1981 (4ª edición) 1981, p. 18. Citado por A. Viudas Camarasa, op. cit., p. 30.

28 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 88.

29 *Ibid.*

30 *Ibid.*, p. 76.

31 *Ibid.*, p. 83.

32 Sobre la noción de persona, cf. L-E Palcios, R. Medina, E. Forment y otros, *El concepto de persona*, Rialp, Madrid 1989. También R. Spaemann, *Über den Begriff einer Natur des Menschen*, *Das Natürliche und das Vernünftige*, Piper, München 1987, pp. 13-39.

las diversas manifestaciones de aquélla, nos vamos a centrar en dos especialmente relevantes: el amor y el sentido de lo trascendente o religiosidad.

La lectura de los poemas de Chamizo, por apresurada que sea, revela inmediatamente un *amor cósmico* hacia el hombre y hacia la tierra en su conjunto. *La juerza d'un queré*, poema comparable a la más altas expresiones líricas de ese sentimiento, es la mejor prueba del primero. Las bellísimas descripciones del paisaje extremeño, en las que parece resonar el mandato nietzscheano de fidelidad a la tierra, el mejor testimonio del segundo.

«Bandas de gorriatos montesinos / volaban, chirriando, por el cielo, / y volaban pal sol, qu'en los canchales / daba relumbres d'espejelos. / Los grillos y las ranas / cantaban a lo lejos, / y cantaban tamién los colorines / sobre las jaras y los brezos; / y, roándo, roándo, de las sierras / llegaba el dolondón de los cencerros»³³. «En las noches del verano, / en las durces noches claras, / cuando tiemblan las estrellas / entre medio d'una luna'zul y branca, / y s'escuchan a lo lejos cantares / de los grillos y las ranas / algo asin com'un jilguero / qu'en la joya las Torbiscas canturrara, / algo asín como los trinos d'una mirla / que dijera sus queeles junt'al agua, / se barrunta dende arriba de las sierras, / entre medio de los brezos y las jaras»³⁴.

Junto a esa manifestación del amor, dirigido indiscriminadamente a todo, difuso y sin objeto preciso, Chamizo se refiere en sus versos al amor en sentido eminente: aquél que tiene lugar entre personas. Seguramente haya sido el filósofo alemán J. Pieper quien más certeramente ha sabido expresar la índole propia del amor. A su juicio, el modo más adecuado de definirlo consiste en entenderlo como *confirmación del ser de la persona que se quiere*³⁵. Ese parece ser, en efecto, el anhelo de todo el que ama: desear fervientemente que exista la persona amada, pues su existencia es para él lo único que hace del mundo una realidad completa y acabada. Todos tenemos, en medida mayor o menor, alguna experiencia al respecto. Quien haya sentido el dolor que produce la muerte de un ser querido habrá podido comprobar cómo el mundo en su conjunto parece derrumbarse y perder el sentido que antes tenía. Con la muerte del ser querido, todo parece morirse un poco. La realidad, antes radiante y luminosa, parece ahora apagada y sin brillo. Si el amor es como el acabamiento del mundo, su

33 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 91.

34 *Ibid.*, pp. 112-113.

35 Sobre la noción de amor, cf. T. Melendo, *Fecundación in vitro y dignidad humana*, ed. Casals, Barcelona 1987, pp. 39-48.

pérdida significa el hundimiento de éste. Con estas palabras expresaba San Agustín el terrible dolor producido por la muerte del amigo:

«¡Qué terrible dolor para mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí: la ciudad se me hacía inaguantable, mi casa insufrible y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él cruelísimo suplicio. Lo buscaba por todas partes y no aparecía; y llegué a odiar todas las cosas, porque no lo tenían ni podían decirme como antes, cuando venía después de una ausencia: "he aquí que ya viene" (...) Sólo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón (...) Me maravillaba que la gente siguiera viviendo, muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún que, muerto él, siguiera yo viviendo, que era otro él. Bien dijo el poeta Horacio de su amigo que era "la mitad de su alma", porque yo sentí también, como Ovidio, que "mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos"; y por eso me producía tedio el vivir, porque no quería vivir a medias, y a la vez temía quizá mi propia muerte para que no muriera del todo aquel a quien yo tanto amaba»³⁶.

Por ser la persona amada algo así como el coronamiento del mundo, lo que lo hace resplandecer presentándolo en su total plenitud, la actitud correspondiente hacia ella es la *entrega*.

«Besé a la madre y le quité mi hijo —se nos dice en *La nacementa*—, salí con él corriendo / y en un regacho d'agua clara / le lavé tó su cuerpo. / Me sentí más honrao, / más cristiano, más güeno, / bautizando a mi hijo como el cura / bautiza los muchachos en el pueblo /»³⁷.

Este como olvido de sí, de abandono propio en favor del otro ha sido descrito con gran maestría por Chamizo:

«Lo mesmito qu'un jabato corralao —dice el poeta refiriéndose a un pastor que, con peligro de su vida, acude a socorrer a la persona que ama— po los perros, entre medio de las jaras; / lo mesmito que la trompa d'un torrente / corre Blas pa la barranca /donde viene ya la loba / con el jopo entre las patas. / Blas miró pa Rosarillo, de reojo, /y tiró por la navaja, / y se jué com'un alano pa la loba / qu'en un risco l'aguardaba. / Reguñendo como perros ajotaos / dieron güertas al reó d'una retama, / y endispués de cada güerta /

36 San Agustín, *Confesiones*. Citado por T. Melendo, op. cit., pp. 42-43.

37 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 94.

s'encogían, s'aplastaban, / se miraban con los ojos encendíos / como puntas de carbones jechos ascuas. / Eran dos lobos iguales en la juerza; / eran dos juerzas iguales en la rabia / A la par s'abalanzaron dambos juntos, / s'estrujaron, s'enrearon con tal gana, / qu'escupíos, y mordíos y abrazaos / se jundieron entre medio d'unas zarzas / ... / Ya no hay mieo, ya no hay mieo, la he matao, / dijo Blas cuando salió d'entre las zarzas, / esgarraos los carzones, jecha cisco la zamarra, / jecho un charco po la sangre / que del pecho y la caëza le manaba»³⁸.

En última instancia, el amor es, en palabras de R. Spaemann, aquello que permite al amante *descubrir la realidad delo real*³⁹, incluida la de la vida y su bondad. «M'ha dao la vía —dice un joven refiriéndose a la amada—, la vía qu'es güena / cuando se trabaja por una querencia; / cuando por un argo que llevamos dentro / se sufre y se pena»⁴⁰. No es extraño que, justo por ello, Viktor E. Frankl haya podido decir que «el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre»⁴¹.

Donde mejor se aprecia la altísima dignidad del amor y la importancia decisiva que tiene para la vida del hombre es, seguramente, en su carácter espiritual y comunicativo. La presencia de la persona amada es siempre fuente de alegría, pero su ausencia no supone la extinción del amor, «que trasciende la persona física del ser amado y encuentra su significado más profundo en su propio espíritu, en su yo finito»⁴². De modo semejante a como nació y fue crecieno el amor de D. Quijote por Dulcinea, despertó y se acrecentó, según nos dice Chamizo en *La juerza d'un queré*, el del pastor por «Rosarillo, la zagala, / la que Blas tanto quería dende nuevo / sin icirle una palabra»⁴³. Acaso no esté demás para ilustrar esta idea, recoger las palabras de un psiquiatra vienés, prisionero por los nazis durante la segunda guerra mundial en el campo de concentración de Auschwitz, primero, y en el de Dachau, en las proximidades de München, después.

«Que esté o no esté presente —dice refiriéndose a su mujer ausente de allí—, y aun siquiera que continúe viviendo deja de algún modo de ser importante.

38 Ibid., pp. 111-112.

39 «Liebe ist das Wirklichwerden des Wirklichen für den Liebenden». R. Spaemann, 'Was ist philosophische Ethik', *Ethik-Lesebuch. Von Platon bis Heute*. Piper, München 1987, p. 19.

40 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 79.

41 Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1987, p. 46.

42 Ibid.

43 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 111.

No sabía si mi mujer estaba viva, ni tenía medio de averiguarlo (durante todo el tiempo de reclusión no hubo contacto postal alguno con el exterior), pero para entonces ya había dejado de importarme, no necesitaba saberlo, nada podía alterar la fuerza de mi amor de mis pensamientos o de la imagen de mi amada. Si entonces hubiera sabido que mi mujer estaba muerta, creo que hubiera seguido entregándome —insensible a tal hecho— a la contemplación de su imagen y que mi conversación mental con ella hubiera sido igualmente real y gratificante: "Ponme como sello sobre tu corazón... pues fuerte es el amor como la muerte"»⁴⁴.

Platón solía decir en sus *Diálogos* que el bien no puede ser ineficaz desde el punto de vista de la praxis. Algo semejante cabe decir del amor. Eso es al menos lo que indica el conocido refrán de nuestra tierra «obras son amores y no buenas razones». La eficacia del amor son las realizaciones que su fuerza lleva a hacer efectivas.

A quien ha sabido cantarlo de modo tan excelente no puede haberle pasado inadvertido ese hecho. Chamizo lo percibe, efectivamente, con claridad meridiana. Hay tres nociones sobre las que nuestro poeta pone el acento de forma clara: la libertad, la igualdad y la paz. Todas ellas han impulsado, desde el comienzo de la historia, el pensamiento y la acción humanos. El primero, para determinar con precisión su auténtico significado; el segundo, para realizarlas en el cuerpo social. En Chamizo, tanto la libertad como la igualdad y la paz aparecen como *manifestaciones de la eficacia del amor*. El que se tiene a la primera puede exigir el sacrificio de la propia vida. Refiriéndose al hombre extemeño, a «... estos hombres qu'al amor de sus terruños / ayuntaron el sentir de sus adrentos»⁴⁵, dice Chamizo que «... murieron orgullosos por la causa / de las santas libertades de su pueblo...»⁴⁶. La realización de la segunda, tan deseada por el hombre como postergada por los sistemas políticos, es efectiva ante la mirada del amor infinito. «¡La Vigen, la Vigen —exclama en *El desconcierto*— ... Ella dende arriba / de las parigüelas que la porteaban, / lo mesmo a los ricos, lo mesmo a los pobres, / a tós los miraba con la mesma cara»⁴⁷. La consecución de la tercera, el establecimiento de una paz duradera, es, por último, una de las aspiraciones más hondas e irreprimibles del

44 Viktor E. Frankl, op. cit., pp. 46-47.

45 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 77.

46 Ibid.

47 Ibid., p. 102.

hombre⁴⁸. La guerra de Marruecos, fuente incesante de malestar y causa directa de agitaciones populares, es la ocasión de Chamizo para lanzar su proclama lírica en favor de la paz.

«Y yo l'he peño —dice en el poema arriba mencionado—... qu'arremate mu pronto esta guerra / y que pare e llover, porque'l agua, / que mus quita trabajo a los probes, / está jorobando toita la senara. / ¡Yo no sé qué será de nus-otros / como siga metío'l tiempo en agua, / y en Melilla sigan los hombres mandones / trillando las ganancias! ...»⁴⁹.

Con ser claro el carácter del amor como expresión de la fidelidad y autenticidad constitutiva de la naturaleza humana, el de la religiosidad o sentido de lo trascendente lo es todavía más. No puede ser de otro modo, pues, como ha puesto de manifiesto W. Weischedel, el hombre se interroga necesariamente sobre sí mismo al plantear la pregunta sobre Dios. «Al preguntarse por el todo, se pregunta también por sí mismo, por la parte del todo que formula la pregunta»⁵⁰.

Aun cuando sigue siendo una cuestión debatida determinar la etimología exacta del término «religión»⁵¹, la más aceptada es la que lo hace derivar de *religare*: religación, amarrarse o enlazarse con Dios. El recuerdo del vínculo que lo mantiene unido con El significa, para el hombre, fidelidad a su *condición creatural*. Este reconocimiento aparece repetidamente en la obra de Chamizo. Unas veces como entrega sumisa para pedir ayuda a quien todo lo puede.

48 En realidad, se trata de una aspiración cuyo logro está garantizado por la propia naturaleza humana: «Das, was diese Gewähr (Garantie) leistet, ist nichts Geringeres, als die grosse Künstlerin, Natur (*natura daedala rerum*), aus deren mechanischen Laufe sichtbarlich Zweckmässigkeit hervorleuchtet, durch die Zwietracht der Menschen selbst wider ihren Willen emporkommen zu lassen, und darum, gleich als Nöthigung einer ihrer Wirkungsgesetzen nach uns unbekanntem Ursache, *Schicksal*, bey Erwägung aber ihre Zweckmässigkeit im Laufe der Welt, als tiefliegende Weisheit einer höheren, auf den objectiven Endzweck des menschlichen Geschlechts gerichteten, und diesen Weltlauf prädestinierenden Ursache *Vorsehung genannt wird*». I. Kant, *Zum ewigen Frieden*, Nachdruck der 1795 erschienenen Ausgabe (Nicolovius, Königsberg), Engelnhorn Verlag, Stuttgart 1987, p. 47.

49 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., pp. 102-103.

50 «Fragt er also nach dem Ganzen, so fragt er zugleich nach sich selber, dem infragestellenden Teil des Ganzen». W. Weischedel, *Der Gott der Philosophen. Grundlegung einer Philosophischen Theologie im Zeitalter des Nihilismus*. Deutscher Taschenbuch Verlag Gmb H. & Co. KG, München 1985, Band 1, p. XVIII.

51 Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II/II 81, 1c.

«Señó —invoca un hombre en *La nacencia*—: tú que lo sabes / lo mucho que la quiero. / Tú que sabes qu'estamos bien casaos / Señó, tú qu'eres güeno; / tú que jaces que broten las simientes / qu'echamos en el suelo; / tú que jaces que granen las espigas, / cuando llega su tiempo; / tú que jaces que paran las ovejas, / sin comadre ni méicos ... / ¿por qué, Señó, se va a morí mi Juana, / con lo que yo la quiero, / siendo yo tan honrao / y siendo tú tan güeno? ...»⁵².

Otras como aceptación resignada de sus designios inescrutables.

«Ellos saben que la tierra labrantía —dice Chamizo refiriéndose al hombre extremeño— ... es la madre, y es la novia y es la hermana / del gañán que, con calor de macho en celo, / la colmara de cuidaios, ... / y supiera conformarse cual cristiano / cuando Dios, dende los cielos, / pa probá si eran mu jondas sus querencias, / malograra sus esfuerzos»⁵³.

Otras como sentimiento de adoración y veneración profundas.

«Me juí junt'a mi Juana, / me jinqué de roillas en el suelo, / jice por recordá las oraciones / que m'enseñaron cuando nuevo»⁵⁴.

Otras, en fin, como reconocimiento de su bondad y agradecimiento por los bienes que nos otorga.

«Ícen que la nacencia es una cosa / que miran los señores en el pueblo: / pos pa mí que mi hijo / la tié mejor que ellos, / que Dios jizo en persona con mi Juana / de comadre y de méico. / ...Dos salimos del chozo; / tres golvimos al pueblo. / Jizo Dios un milagro en el camino: / ¡no podía por menos!»⁵⁵.

III

La elevada concepción que Chamizo tiene de la naturaleza humana no se halla siempre realizada en el hombre particular que cada uno somos. Para ello haría falta un especial temple moral, una decisión irrevocable de mante-

52 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., pp. 93-94.

53 Ibid., p. 77.

54 Ibid., p. 92.

55 Ibid., p. 95.

nerse sin decaimientos a la altura del reto que plantea al hombre el logro de sí mismo y, por último —*last but not least*—, unas condiciones políticas, sociales, culturales y económicas adecuadas. Desde la antigüedad se viene aceptando como verdad irrefutable la afirmación aristotélica de que «el hombre es por naturaleza un animal político»⁵⁶. Ello significa que sólo en una comunidad de hombres libres, que permita al ser humano desarrollar sus disposiciones naturales, es posible alcanzar —o acercarse lo más posible a él— el ideal antropológico que se descubre en los versos de Chamizo. Cuando no sea ése el caso y se perciba que el abismo entre el ideal y las condiciones reales para alcanzarlo —entre el fin y los medios— es insalvable, el resultado será la frustración y el dolor. El sentido del dolor por lo que podríamos llamar tragedia extremeña aflora con frecuencia en los poemas de Chamizo. «Vosotros, los que vais dentro del bicho / que juyendo retumba y traquetea, / ¿no sentís al pasá junto por junto / al mismo corazón de nuestras tierras / argo asín com'argún fuerte deseo / que s'eschangen del chisme toas las ruelas / pa queäros aquí, junt'a nusotros, / pa endurzä una mijina nuestras penas, / pa rumiä nuestro pan y p'ampararos / en la sal del süor que nus chorrea?»⁵⁷. Las causas de esa situación son muy variadas. Una de las más lacerantes es, no obstante, la pobreza.

«Semos probes, hija mía, porque icen / que son probes los que no tienen dinero: / somos probes, somos probes, ¡qué sé yo! / eso icen de nusotros, icen eso»⁵⁸.

Ella aleja la vida humana de la perfección a que está llamada, hundiéndola en un «viví lleno e trebajos / y al doló d'un viví lleno e miserias»⁵⁹.

Este amargo reconocimiento de la dura realidad extremeña no hace mella, empero, en la entereza de Chamizo. El poeta extremeño no cree que hundirse en el abatimiento sea la respuesta adecuada para salir de la postración, la incultura y la miseria. Y ello porque esa actitud está en contradicción con su modo de entender al hombre. La idea central de la concepción antropológica del poeta extremeño tal vez pudiera quedar recogida en esta afirmación de Jaspers: «el hombre es aquel ser que debe llegar a ser hombre». El bellissimo poema *La viña del tinajero* es una prueba excelente de que el hombre puede sobreponerse a las circunstancias y de que su voluntad es un atributo poderosísimo para

56 Aristóteles, *política*, 1235a.

57 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., pp. 73-74.

58 *Ibid.*, p. 76.

59 *Ibid.*, p. 74.

vencer los obstáculos sin abdicar de sí mismo como «ser que siempre *decide* lo que es»⁶⁰.

«Los señores sabijondos, / labraores, mayores y cabreros, / no contaron al principio del descuaje / con la juerte voluntá del tinajero. / El que jizo con el barro remojao, / en la ruela, sin más chismes que sus deos, / los pucheros, las botijas, los barriles, / los cacharros, las cazuelas, los barreños; / el que jizo las tinajas barrigúas / y endispúes de cavilá tuvo el acuerdo / de los conos y los jornos encuadraos / y los chismes pa sacarlos y metelos; / el que jizo que su nombre resonara / por la gran revolución de sus inventos / ondiquiera que las cepas dieran uvas, / muchas leguas en reondo de su pueblo, / no podía consentí que tropezara / su tesón, qu'era más juerte que los jierros, / en los riscos, chaparreras y coscojas / de la joya de los cuervos. / Era sangre d'otras épocas su sangre; / sus agallas parecían d'otros tiempos; / era un hijo d'estas tierras, de la raza / de castúos veteranos extremeños. / Y trunfó de los que tanto se burlaron, / y trunfó de los que tanto se riyeron, / y las cepas dieron uvas / remojás con el süor del tinajero»⁶¹.

En esa *juerte voluntá del tinajero* pone Chamizo sus esperanzas. A su juicio, el trabajo y la laboriosidad son el medio adecuado —como se puede apreciar en tantos pueblos prósperos de nuestros días— para construir un futuro mejor que cumpla las exigencias que impone la plena realización humana. La confianza de nuestro poeta está en esos «hombres que dispiertan las gallinas / cuando salen con los burros del cabresto, / y en el campo despabilan las alondras / agachás entre los surcos del barbecho, / qu'esparraman sus chilríos d'amor cuando / viene el sol agateändo por los cerros / y s'ajuyen las neblinas y s'apagan / las estrellas y la luna y los luceros»⁶². Y en aquellos otros que, dedicados a la vida intelectual, entregados al estudio y consagrados a la ciencia y el arte se hallan, inquietos y afanosos por hacer progresar el conocimiento humano, «rebuscando siempre lo desconocío»⁶³.

JOSE LUIS DEL BARCO
Universidad de Málaga

60 Viktor E. Frankl, op. cit., p. 87.

61 L. Chamizo, *Obras completas*, ed. cit., p. 118.

62 *Ibid.*, p. 76.

63 *Ibid.*, p. 84.